

Incertidumbre y liminalidad: La Fuerza Alterativa Revolucionaria del Común (FARC) como sujeto en tránsito

Fredy Leonardo Reyes Albarracín/Universidad Santo Tomás

Pablo Felipe Gómez Montañez/Universidad Santo Tomás

Clara Victoria Meza Maya/Universidad Santo Tomás

Transitoriedad, ambigüedad e ilusión: el campo

Amanece un sábado cualquiera del mes de octubre de 2017 en el Espacio Territorial de Capacitación y Reincorporación (ETCR) de Icononzo, Tolima, nombrado por la otrora guerrilla de las FARC-EP como la Zona Antonio Nariño¹. Nuestro equipo de trabajo disfrutó la hospitalidad de los “farianos,” quienes nos acomodaron en pequeños cuartos individuales que contaban con un catre y una pequeña puerta que indicaba sus entradas². Al dirigirnos al comedor para desayunar, caminamos por una pequeña trocha sobre la cuchilla de la colina que brindaba su suelo a las construcciones habitacionales aportadas por el gobierno nacional, en el marco de la implementación de los acuerdos de paz con el ex grupo guerrillero³. La pequeña caminata se daba sobre un mirador natural que nos permitía identificar la zona habitacional con un “poblado” o “barrio” provisional. Al mismo tiempo, observar huellas evidentes de la vida sedentaria y de conformación de núcleos familiares—ropa secándose, elementos de decoración, plantas ornamentales, muebles, motocicletas—era indicador de una “permanencia *in situ*” que evidentemente se diferenciaba del nomadismo constante de la vida guerrillera en el monte. En suma, el paisaje mostraba tanto el carácter transitorio de estos espacios, como el de su permanencia, pues pese a lo descrito anteriormente, estas zonas tienen una vigencia temporal de dos años de acuerdo con lo pactado en la Habana y expresado en el Decreto 2026 de 2017 por la Presidencia de la República (2017).

Luego del desayuno, dos investigadores nos dirigimos a la habitación de Álex, un miembro de la ahora Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común (FARC), partido político que surgió con la dejación de armas de la anterior guerrilla. Nos condujo a otra edificación en la que funcionaba el taller de música. Nos interpretó algunas canciones de su autoría, pero sin duda la última llamó diferencialmente nuestra atención. Se titulaba “Quiero ser como tú” y en ésta nombraba en primera persona varios personajes referentes de la lucha guerrillera latinoamericana con los cuales el

cantante se identificaba: Fidel Castro, Che Guevara, Manuel Marulanda, entre otros.

Sin embargo, en una de sus frases, la canción parecía darle más sentido al tránsito individual del fariano, escala micro de la transición política. Nos referimos a “Quiero ser como *El Viejo y el Mar*.” En esta novela de Ernest Hemingway, un viejo pescador decide embarcarse hacia altamar en su pequeño bote para poder pescar un gran animal que anhelaba hacia tiempo. Lo captura, logra amarrarlo a su barco, y pese a grandes dificultades dignas de una gran odisea, logra llegar nuevamente a la playa. Alex explicó el porqué de su letra:

Tanto que lucha con un pescado, ¿sí ve? Sea como sea, pero llega a la isla otra vez, pero luchó tanto por conseguir ese objetivo, que él lo logró, obviamente. Hasta el final, así sepa uno que va a perder, pero hágale (Alex 2017, s/n).

Dicha afirmación parece resumir la motivación personal al tránsito a la civil por parte de cada fariano. De ahí que en este artículo identificaremos texturas y pliegues de la transición que narran prospectiva y proyectivamente desde su vida cotidiana. Como característica central de dicha transición, encontramos la ambigüedad, que se vislumbra en ese “espacio intermedio” de la transitoriedad, es decir las posibilidades de la ilusión⁴.

Esa “ilusión de lo transicional” tiene una doble connotación: por un lado, evoca una “apariencia”, una “trampa o broma de los sentidos” como lo hecho por un ilusionista; por otro, alberga “esperanza” o “expectativas” por un plan futuro o situación nueva, como “tener ilusiones” (Castillejo 2017, 1; Castillejo 2013, 22). El Acuerdo de Paz entre el gobierno colombiano y las FARC-EP (2016) desplegó una serie de “imagerías” en torno a la transición política hacia la paz, cargada de “narrativas de un futuro mejor”, de una “sociedad unificada hacia la paz” y con un “sentido de esperanza” (A. Castillejo 2017, 2). Ese imaginario, no obstante, entró en choque con el imaginario desplegada por los opositores

al proceso, quienes emplearon distintos epítetos para deslegitimar tanto la negociación como el acuerdo alcanzado. Los epítetos, incluso, fueron cambiando de acuerdo con las circunstancias y las coyunturas políticas. Por ejemplo, en los primeros años de la negociación, el expresidente y senador Álvaro Uribe Vélez invocó a la “resistencia civil” para rechazar lo que se discutía en la mesa (Reyes, Meza y Gómez 2018, 42); posteriormente, emergieron el “castro-chavismo” o la “ideología de género” para continuar con una estrategia política de desprestigio que aún no cesa.

De cualquier modo, el asunto nos invita a pensar que las transiciones cuando se dan en contextos de conflicto y violencias estructurales, como el caso colombiano, aunque muestran rupturas en algunos aspectos, en otros dejan ver continuidades. Proponemos, de cierta manera, una incipiente etnografía de la incertidumbre en el marco de la vida cotidiana de los farianos durante su permanencia en las Zonas Veredales de Transición y Normalización (ZVTN), que luego se transformaron en Espacios Territoriales de Capacitación y Reincorporación (ETRC).

Transición, incertidumbre, paz imperfecta y liminalidad: marco de análisis

Este texto es resultado de un trabajo de campo llevado a cabo durante 2017 en los ETCR de Icononzo (Tolima), Mesetas (Meta) y Caldon (Cauca) que nos permitió identificar narrativas emergentes en la cotidianidad fariana de su permanencia en tales. Desde el Programa de Estudios Críticos de las Transiciones Políticas (PECT), red de la que hacemos parte como equipo, asumimos la “cotidianidad” no como el mundo del día a día, sino como la “dimensión del cara a cara”, como el espacio-tiempo donde las estructuras y fuerzas globales afectan y se confrontan en los mundos microsociales⁵. Al aterrizar dicha premisa en nuestro caso, nos referimos a que la transición es, primero que todo, una constelación compleja de procesos e instituciones que están por encima de cualquier sujeto y afectan sus biografías particulares; segundo, es un itinerario donde desde la dimensión íntima y privada, cada sujeto confronta y articula sus rutas con las estructuras abstractas que parecen gobernarla⁶.

Las transiciones políticas han sido caracterizadas por sus estudiosos como un conjunto de dispositivos “globales” y “estandarizados a nivel mundial” (Nagy 2008, 276), que ha priorizado aspectos como las reformas y respuestas legales institucionales, dejando de lado los de redistribución y justicia social (Paige 2009). Al centrarnos en lo microsocioal (Castillejo 2013), se nos invita a dar una mirada antropológica a las transiciones políticas. Para ello, propone comprender cómo los individuos y sus comunidades, en escenarios de

posconflicto, vinculan procesos históricos de larga duración y recientes para plantear horizontes futuros, es decir, la ilusión.

La categoría de incertidumbre la definimos en relación con la de “riesgo.” Así como la sociedad industrial llegó a tal punto de su evolución que terminó por ejercer una auto-destrucción creativa para transformarse en una “sociedad del riesgo” (Beck 1997), la transición hacia una sociedad pacífica implica la generación de incertidumbres que llegan a caracterizar los procesos de paz como reflexivos y, por tanto, ambiguos, creativos y siempre generadores de riesgos y peligros. Para comprender esta relación comparativa nos parece pertinente exponer brevemente dos marcos teóricos: uno referente a la sociedad del riesgo y otro a los enfoques recientes de los estudios de paz.

La “sociedad del riesgo” se caracteriza por la “incertidumbre” y la “agitación” (Beck 1997). Consecuentemente, los cambios se perciben como fuentes de “profundas inseguridades”, por lo cual “el peligro” aparece como un “destino adscriptivo” para todos los individuos, destino que se encuentra bajo el signo del miedo (Beck 1998, 12). Esto genera una “metamorfosis social del peligro,” lo que significa que el apelativo de “peligroso” puede recaer en cualquiera⁷. Los riesgos y peligros son, entonces, unas “construcciones mentales” de las que se “politizan” sus efectos colaterales (Beck 1998). De esta manera, ambos son cuestionados por todos los actores para quienes “siempre habrán cosas inciertas”, con lo que aportan a la “turbulencia” del discurso político a partir de sus argumentos, percepciones y criterios (Beck, Bonss y Lau 2003). La incertidumbre emerge cuando comprendemos que, en el marco de los procesos de reincorporación que marcan el tránsito de guerrilleros a la vida civil, el riesgo se asume como algo latente, donde los peligros se hacen presentes; y que los riesgos se construyen, politizan y administran. Es decir, que vivimos en una conflictividad permanente, condición que nos permite articular el siguiente campo teórico.

Respecto a los estudios de paz, hay que tener en cuenta varios puntos de giro epistemológico y metodológico. En primer lugar, la paz ya no se concibe como un “fin” o como un “objetivo” posterior a una narrativa teleológica (ir hacia la paz, alcanzar la paz), sino como “imperfecta” e “inacabada” (López 2011) (Muñoz 2001) (Muñoz 2015) (Muñoz y Bolaños 2011); esto significa que la paz se construye y surge en medio de la permanente conflictividad de la vida cotidiana. Esta es la premisa principal del paradigma actual de la “paz imperfecta.”

El surgimiento de este paradigma significó rupturas con dos paradigmas anteriores en este campo, una más radical que la otra. La primera fue con los enfoques de la polemología, donde la premisa era comprender la guerra y la violencia para así comprender la paz como simplemente su contracara. Desde esa perspectiva, la paz se definía como la ausencia de la violencia directa (Muñoz 2001). La segunda ruptura consistió

en la elaboración de una crítica a la denominada “paz positiva” de Johan Galtung. Para él, la paz positiva es resultante no sólo de evitar la violencia física y directa, sino de las transformaciones de los factores estructurales de la violencia, es decir, la garantía de una paz justa y sostenible mediante las condiciones que el Estado instaure para respetar los Derechos Humanos a cualquier ciudadano (Galtung 1996; Calderón 2009). Pese a la coherencia de sus planteamientos, el paradigma de la paz positiva fue criticado por su idealización, lo que llevó a pensadores como Francisco Muñoz a proponer un giro epistemológico y ontológico para generar una renovada agenda de los estudios de paz. Por eso afirma que “la paz positiva, que como horizonte es deseable, se contrapone a la omnipresente violencia estructural y pierde su fuerza al mostrarse como inalcanzable y casi inexistente” (Muñoz 2015, 53). De esta manera, ya no se habla de paz, sino de paces, en la medida que las instancias de la paz son múltiples y abundantes y dependen de las capacidades de empoderamiento pacifista de todos los actores, las cuales “no se desarrollan por completo en cada momento sino que están sujetas a la contingencia del día a día, de la correlación de fuerzas, de la coyuntura histórica, en definitiva de todos los condicionantes que impone el discurrir histórico y social, y de la complejidad” (Muñoz 2015, 53). De ahí que la paz sólo se pueda definir y abordar desde su imperfección. Al tener en cuenta que el pos-acuerdo, lejos de configurarse como una temporalidad hacia la paz, ha sido el escenario de la emergencia de múltiples conflictos y nuevas violencias⁸. Asimismo, lejos de enfocarse en abordar que la paz imperfecta sea coherente y algo preciso, por cuanto las correlaciones de fuerzas se hacen presentes en el tránsito a la vida civil de los farianos, quisimos comprender de qué manera estos últimos ponen en operación una serie de prácticas para armonizarlas.

Podemos afirmar que las correlaciones de fuerza que emergieron como ejes de análisis las identificamos como tensiones dialécticas que permitieron identificar las vicisitudes y ambivalencias de la permanencia de los farianos en las ZVTN y ETCR. Tales tensiones se forman mediante la relación de fuerzas entre tres agentes principales. Por un lado, el Estado colombiano, que a su vez se configura como un campo de tensiones entre quienes apuestan, participan y diseñan las políticas encaminadas al logro de una implementación exitosa de los acuerdos, y quienes han actuado como opositores. Por otro lado, la FARC como grupo que tomó la decisión de transitar a la reincorporación a la vida civil y que, a la vez que vive el día a día de los procesos establecidos para ello, entabla una lucha en el campo de las representaciones culturales positivas y negativas que operan sobre ella. Finalmente, la sociedad civil, entendida no como la ciudadanía organizada, sino como aquella conformada por la heterogeneidad de personas no combatientes que, mediante el rol de consumidores de información, testigos, y acogedores (o no) de los farianos en su vida cotidiana, legitiman o no tanto los acuerdos de paz como la reincorporación de la FARC desde la dimensión

simbólica y microsocia. Cabe resaltar, que en este último grupo debemos integrarnos los mismos investigadores que, mediante nuestro trabajo de campo, terminamos configurando espacios de encuentro e interlocución con los farianos.

Consecuentemente, nuestro estudio se enfoca en la correlación de fuerzas entre farianos y civiles en el marco de espacios cotidianos de interlocución. Como hallazgo principal, consideramos que las transiciones políticas se caracterizan por la permanencia latente de un estado de liminalidad y es precisamente en este dónde se manifiestan mayormente las correlaciones de fuerza. La liminalidad hace parte de los “dramas sociales” o “performances”, los cuales son categorías que Turnes (1988) definió inspirado en la estructura diacrónica de un proceso ritual y que tiene cuatro fases: el incumplimiento de las normas sociales (ruptura de la vida cotidiana); la crisis; una acción regresiva o de mediación (uso de la maquinaria legal y normativa); y la reintegración o solución del disturbio social (Turner 1988). El tránsito de la vida guerrillera a la vida civil implica las mismas fases. El estado normalizado de conflicto armado se interrumpe y el sujeto guerrillero es “separado” y “localizado” para que comience su tránsito. En su nueva espacialidad-temporalidad, que en el marco de los acuerdos de paz se materializan en las ZVTN y luego en ETCR, el guerrillero se concentra, se desarma y comienza un proceso de capacitación para integrarse a la sociedad general y “normal”. Y aunque se resista a dejar el apelativo de combatiente, en su retorno su lucha ha cambiado tanto como él. La liminalidad es lo que caracteriza a la fase “intermedia” entre la fase de crisis y de acción regresiva, pues significa que mientras se materializan las fuerzas en tensión mediante el despliegue del dispositivo legal y político, el sujeto en tránsito no está ni aquí, ni allá; ya no es lo que era (guerrillero), pero aún no se ha transformado del todo en lo que se espera que se convierta (reincorporado). La liminalidad del fariano se manifiesta principalmente en las tensiones que convergen en su denominación de combatiente, la cual se explora en el presente estudio en dos dimensiones. Una ocurre en el nivel intrapersonal del fariano, quien en tanto individuo es consciente que dejó de ser guerrillero, pero que no quiere renunciar a ser combatiente, por lo que elabora tal representación ambigua mediante su condición de seguir siendo parte de un proyecto colectivo. Otra sucede en el nivel interpersonal, pues el fariano requiere de interlocutores de las otras fuerzas para gestionar los “encuentros cara a cara” que materializan su proceso de reincorporación. En otras palabras, además de ser consciente de su ambigüedad como combatiente, debe manifestarla, expresarla y confrontarla mediante procesos de encuentro intersubjetivo. En suma, mientras la denominación de combatiente sufre operaciones que transforman su referencia de lucha armada a lucha política, activa una serie de conflictos, ambigüedades e incertidumbres que moldean las relaciones de fuerza, principalmente con la sociedad civil. A partir de los datos del trabajo de campo presentamos algunos resultados enfocados en las incertidumbres y liminalidades de

los farianos emergentes en las narraciones de su vida cotidiana en las que, primero, no renuncian a denominarse combatientes; y segundo, confrontan las tensiones que emergen en diferentes encuentros intersubjetivos que definen su tránsito a la vida civil desde una perspectiva microsocioal.

Como antecedente y referente del presente estudio, los llamados procesos de Desarme, Desmovilización y Reintegración (DDR) debe incluir, para ser exitosos, la “decisión firme de los combatientes de entrar en un proceso de este tipo, confianza de los combatientes en dicho proceso y en quienes lo dirigen” (Fisas 2011, 7). En el caso de la implementación de los acuerdos de paz entre el estado colombiano y las FARC EP, el modelo DDR no fue aplicado, ya que la fase final no se denomina “reintegración,” sino “reincorporación,” lo cual implica diferencias conceptuales y de operatividad legal y jurídica⁹. Sin embargo, el modelo de reincorporación aplicado dialoga con lo que Enzo Nussio (2013) define como la tercera ola de los procesos de DDR, en la medida que también apuesta por garantizar la confianza que motive el tránsito individual del combatiente. Lo anterior pone dos perspectivas en diálogo. En primer lugar, una que le apuesta a atender a aquellos aspectos íntimos y privados del sujeto en tránsito, donde el excombatiente vive complejos procesos de “renuncia” mientras reconfigura su lugar en el mundo (Castro 2015). En segundo lugar, otra que apunta a la forma como los excombatientes se organizan grupalmente en nuevos colectivos políticos, como factor de éxito de su reincorporación (Ugarriza 2013).

La tensión entre la renuncia a la vida guerrillera sin dejar la del combatiente se manifiesta cuando el fariano se nombra, se narra y elabora un discurso de sí mismo. Tal proceso de *narrativización* implica procesos en la dimensión intrapersonal como interpersonal. Para abordar ambas, nuestra metodología se basó en dos formas de recolección de datos. Por un lado, la observación participante mediante registros en diarios de campo, lo cual nos permitió al grupo de investigadores compartir la vida cotidiana y establecer conversaciones espontáneas y no estructuradas con farianos en los ETCR de Icononzo, Mesetas y Caldon. Por otro lado, cinco entrevistas en profundidad con mandos medios en los ETCR de Mesetas y Caldon. Debido a las condiciones pactadas con la FARC para el trabajo de campo, nuestro criterio de selección únicamente se basó en la homogeneidad del rango en estas personas, pues la cantidad de entrevistados en estos espacios varió de acuerdo con las condiciones de ocupación y disponibilidad, bajo las cuales nuestro compromiso fue la interrupción de sus actividades productivas y políticas. De ahí que cuatro fueron en Mesetas y una en Caldon.

Combatientes: continuidades y latencias

Por los días que estuvimos la primera vez en la ZVTN de Icononzo, el invierno había convertido sus caminos en verdaderos lodazales. Para un grupo de ciudadanos que nos costaba caminar sin que nuestras botas de caucho quedaran atascadas en el barro, resultó admirable observar la manera tan “fácil” y “natural” con que hombres y mujeres de las FARC se desplazaban cargando tablas, ladrillos, tanques de agua y cualquier otro material que permitiera completar las condiciones mínimas de habitabilidad sedentaria en la zona. Con excepción tal vez de una u otra nueva madre con hijo pequeño, todos los habitantes participaban de alguna actividad productiva, bajo el mando de quienes siempre habían sido sus jefes en la vida del monte. La noche anterior ya habíamos escuchado por parte de quienes tenían a su cargo la “ranchar” (cocina) y la “recepción” que cada día los jefes y comandantes seguían reuniéndose cada mañana para determinar las tareas del día, las cuales eran informadas, repartidas y ordenadas en ejercicios de formación de cédulas y escuadras de trabajo. En conclusión, la vida de los guerrilleros y guerrilleras seguía teniendo como base los itinerarios planteados y estructurados por la línea de mando militar.

Esta condición hace parte de lo que algunos investigadores han reconocido y definido como la “articulación” del sujeto individual en la vida del colectivo como característica de la adscripción e ingreso a un grupo armado (Castro 2015). Para Castro, el ingreso al grupo armado implica una disolución del sujeto en el ideal del colectivo, es decir una totalización: “el guerrillero, nosotros, aceptamos unirse a las FARC, eso no hay tiempo, no hay día que se acaba esto y ya se lo creyeron, no, eso es hasta la muerte” (Ronaldo 2017, s/n).

Sin embargo, nuestros hallazgos nos hacen contradecir algunas afirmaciones radicales de Castro, quien considera que ocurre un “vaciamiento del ideal” por parte del excombatiente (2015). Lo que encontramos en nuestra investigación es que precisamente en la fase liminal el excombatiente reconfigura un ideal de cierta manera derivado de la vida en combate:

Como integrante de las FARC, igual después de la constitución del congreso yo me considero todavía integrante de las FARC, independientemente del nombre que se asuma. Eso de ex no, es que yo creo que todo el mundo somos combatientes, ¿cierto? (Johana 2017, s/n).

Ya sea como guerrilleros aun preparados para el combate o como militantes listos a participar en la arena política, la *latencia* emerge como una condición liminal clave en su permanencia en las ZVTN. La latencia corresponde a aquella condición en donde las formas de hacer posible el ideal revolucionario mediante la lucha armada siguen

vigentes, incluso cuando se acepta que idealmente la salida al conflicto debe ser política.

Mientras que no hay un cambio total en el país, no van a existir seguridades, no van a existir, una cosa es que por las cuestiones de la guerra se hayan pulsado las cosas, porque es que uno pelear con un armado no va a imponer nada en un país como este como se trabaja la política. Entonces, vienen las armas para imponer también hasta que llegue el momento (Ronaldo, Entrevista 2017, s/n).

Pero la energía propia del revolucionario en estado de latencia suele ser canalizada mediante la transformación de la guerra en política, lo que permite que el guerrillero se siga narrando y representando como combatiente, pero de una forma legal y en el marco de la participación democrática:

otro guerrillero que se encontraba allí decía que, tras muchos años de combatir, veía esta etapa como una oportunidad de continuar con el espíritu revolucionario y social que había caracterizado la fundación de las FARC, pero desde un ámbito legal y político que no pasara por las mismas dinámicas violentas e innecesarias que se habían extendido por más de 50 años. (Diario de campo Gómez 2017, s/n).

El cambio semántico de los roles y denominaciones—de combatientes armados a políticos—involucra una transformación en los actos de habla mediante el uso de tropos y la narrativización. Los primeros corresponden a escenarios, acciones y personajes que conforman maneras de entender el actuar de las personas mediante el uso de metáforas en su discurso. De esta manera, el mundo cotidiano se estructura lingüísticamente a partir de metáforas, lo que también significa que de acuerdo con las maneras en que expresamos y representamos el mundo, lo vivimos y asumimos (Lakoff y Johnson 1980). La segunda, por su parte, se refiere a la manera en que se cuenta la historia, inscribiéndose personalmente en ella, asumiendo posiciones ideológicas, políticas y morales, con lo que, nuevamente, la realidad contada sería un constructo discursivo y lingüístico (González 2014, 25).

La primera persona del singular vincula la experiencia personal con el ideal colectivo, el cual se relaciona con el tropo de la “lucha política” como característica principal del grupo guerrillero. En contextos de conversación libre y donde se ha generado mayor confianza (entre camaradas o entre guerrilleros y estudiantes universitarios que hablan espontáneamente), tal representación y metaforización involucra la intimidad y anhelo personal del narrador; en otros, configurados por la relación comandante-investigadores, y mediada por dispositivos de registro audiovisual, el discurso no solo amplifica tal tropo, sino que deja claro que el guerrillero en tránsito no deja de ser un “combatiente.” Además,

las fórmulas discursivas se alimentan de expresiones en las que del interlocutor (ese Otro con el que nunca hubo opción de contacto personal sano) se espera empatía por tener los mimos ideales de transformación estructural del país que posibiliten una paz estable y duradera:

Nosotros más que pensar en un beneficio personal siempre hemos soñado con una transformación estructural para el país donde haya desarrollo para el pueblo colombiano. Cuando hablo del pueblo ahí estamos inmersos nosotros y ustedes. Cuando tú como ciudadana del común tengas derecho a vivienda, educación, salud, que se supone ya debería tenerlo pero aún no, se lograría vivir dignamente (Helbert 2017, s/n).

En ese orden de ideas, las narrativizaciones de los farianos aplican dos horizontes de sentido. Uno prospectivo, donde expresan las imágenes más fuertes e idealizadoras del pasado guerrillero y otro proyectivo donde idealizan el porvenir, aunque siempre conscientes de la ambigüedad del proceso transicional, con la desconfianza y prevención resultantes. De ahí que, ante cualquier interlocutor civil, busquen expresarse y representarse como combatientes latentes y preparados para lo que “venga”.

Farianos como interlocutores: confianza y diálogos imposibles

Los otros escenarios de comunicación analizados fueron aquellos que surgen en medio del diálogo y los encuentros cotidianos intersubjetivos entre *ellos* y *nosotros*. Dentro de las narrativas de muchos de nuestros interlocutores prima la metáfora de la “oscuridad”—en tanto peligro y escenario de la ceguera que no deja ver al Otro ni encontrarse con él—y del “engaño” definido por aquellas cosas que los civiles “nunca quisieron ver” de los farianos. Por eso para Helbert, así como la transición implica salir de la “noche oscura,” también significa la posibilidad que cualquiera que tenga un encuentro intersubjetivo con un fariano “salga del engaño” al que grandes estructuras de poder sometió mientras modeló sus percepciones. De esa manera, se construye algo fundamental como tropo de la convivencia pacífica: la confianza:

Eso es una vaina dialéctica, muy lógica. Un proceso se va desarrollando gradualmente y en la medida en que ese proceso se va desarrollando, se va engendrando una cosa que se llama confianza y hasta ahora podemos decirlo: estamos dando los primeros “pasitos” en la vida real con cierta incertidumbre porque hay mucho incumplimiento, mucha cosa que está quedando ahí en el tintero. Entonces, en su debido momento, claro nosotros no tenemos nada que

ocultar, sino que cuando se trata de este tipo de cosas: interactuar o referirnos a segundos o a terceros, hay que tener mucho cuidado porque hacerle daño a otro con una palabra es fácil y eso es lo que no queremos. Entonces en la medida en que se vaya engendrando confianza y se vaya desarrollando gradualmente el proceso, sencillamente ahí estará todo. Y eso es lo que esperamos, que se desarrolle como debe ser y que un día se acabe toda esta noche oscura en donde es delito decir la verdad (Helbert, Entrevista 2017, s/n).

La perspectiva de Helbert nos abre la posibilidad de explorar otra ruta de entendimiento de la incertidumbre causada por las representaciones de riesgo y peligro que parecen seguir marcando a los farianos y que modelan las relaciones y posibilidades de empatía con ese gran Otro ubicado como interlocutor de la sociedad civil. Esta aborda una perspectiva microsocial definida por los encuentros cercanos entre personas que conversan y se leen mutuamente en el campo etnográfico en tanto espacio de interlocución cotidiano, es decir de encuentro entre investigadores y miembros de la guerrilla. Además, invita a indagar cómo las estructuras históricas y políticas de gran escala son incorporadas por los sujetos hasta el punto de darse cuenta que regulan las formas de interacción cara a cara, a partir de otras narrativizaciones.

La mujer fariana y la violencia de género

Algunos miembros de la Comisión de Verificación del Proceso de Paz de la ONU fueron blanco de críticas porque aparecieron en fotografías bailando con guerrilleras durante la celebración de fin de año de 2016. El 1 de mayo de 2017, los medios publicaban la noticia de que tres observadores y un supervisor fueron separados de sus cargos, ya que consideraban su comportamiento de “inapropiado”, con “falta de profesionalismo e imparcialidad” (*Semana* 2017, s/n). Aunque en el marco de la opinión pública respecto a la noticia el lenguaje kinésico (corporal) y proxémico (en relación con el espacio) de los miembros de la ONU era leído negativamente por causa de la posición que ocupaban en el proceso de paz, la verdad es que para algunas personas la acción de bailar con una guerrillera despertaba cierto morbo, no solo por la extrema masculinización de sus representaciones como combatiente, sino porque además materializaba un encuentro intersubjetivo que todavía no había sido concebido como posible y natural para el momento reciente de concentración en ZVTN.

La mujer fariana complicó sus representaciones cuando en el marco del sedentarismo propio de la vida en las ZVTN y los ETCR se convirtió en madre. Mientras caminábamos por los lodazales, pudimos ver varios niños que ya jugaban y corrían por los espacios a manera de un vecindario. Los

farianos ya podían disponer de condiciones materiales para la reproducción y la conformación de familias. Sin embargo, con la reconfiguración de la vida familiar emergieron nuevas incertidumbres en el espacio-tiempo liminal que significó la concentración en las ZVTN. Aparecieron dos fantasmas: Por un lado, la estigmatización de las FARC EP como un espacio de violencia de género que implica el abuso de mujeres y la obligación de abortar. Por otro, el de las incertidumbres de su ingreso al mercado laboral.

En un artículo en *El Espectador* del 29 de enero de 2013, se afirmaba que el número de abortos practicados durante un año por las FARC-EP sumaba en promedio 1.000 (Laverde 2013). Este es uno de los innumerables documentos periodísticos que han tratado estos temas. Posterior a la firma de los acuerdos de la Habana, otros documentos se dispusieron a contar esa situación desde las voces de mujeres testimoniantes de las FARC EP, como el caso de la líder Victoria Sandino, quien afirmaba que “el aborto era una práctica que tuvimos que vivir” (*El Tiempo* 2017, s/n), y otras que formaron parte de la guerrilla como Vanessa García, quien afirmó haber sido violada a los 11 años por alias El Paisa y obligada a abortar tres veces (*El Tiempo* 2017, s/n).

Sin embargo, en sus narrativas, la intencionalidad discursiva de las primeras fue de negar y desestigmatizar al grupo guerrillero como espacio de violencia de género al respecto. Nosotros conformábamos una cierta audiencia—parte de la sociedad civil ante la cual había nuevamente que idealizar el yo, con la esperanza de propagar informaciones que contrarrestaran las representaciones negativas del grupo guerrillero en tránsito: “cuando dicen que nos violaron... para nosotras eso es algo muy ofensivo porque no es así. O también el reclutamiento forzado... no es así” (Jaqueline 2017, s/n).

Interpretamos que no se trataba de un asunto de verdad, sino de tamiz, es decir, de una intencionalidad discursiva y retórica de hacer que sus interlocutores recibieran otra versión de la información, que al menos permitiera y dispusiera una atmósfera de apertura hacia el otro como condición del diálogo intersubjetivo (Craig 1999). Pero si este primer fantasma reflejaba un velo del pasado guerrillero que afectaba el presente (dimensión prospectiva), el segundo dejó ver la incertidumbre sobre el porvenir (dimensión proyectiva). El porvenir se marcaba con base en la ilusión de prepararse y formarse para ingresar al mercado laboral, preferiblemente como emprendedoras.

El teatro de la capacitación

El 1 de agosto de 2017 marcó un punto de quiebre temporal en el proceso transitorio, pues señaló el punto en que culminaba la fase de normalización y comenzaba la de reincorporación y capacitación. Las ZVTN pasaron a ser ETCR. Tal

coyuntura significó la consolidación de procesos de capacitación con miras a formar competencias en la guerrilla que les permitiera formarse en oficios o como emprendedores de proyectos productivos y que garantizaran su estabilidad económica en el momento de la reincorporación a la vida civil. Para varios de nuestros interlocutores, estos espacios se idealizaron, pues, según ellos, lo que se difunde a través de la televisión son imágenes de un taller de medio día, para la elaboración de pan; o para la enseñanza de tejidos; o para narrar cuentos.

Por otro lado, aunque la firma de los acuerdos y la concentración en las ZVTN hicieron posible escenarios de encuentro entre guerrilla y sociedad civil, ampliando las posibilidades de comprensión intersubjetiva para la paz, con el tiempo la guerrilla se sintió como “un bichito raro”, como “algo exótico” que varios miembros de la sociedad civil (particularmente estudiantes, integrantes de organizaciones religiosas y de ONG) les interesaba conocer más como aventura que tener la oportunidad real de cumplir un rol en su reincorporación. O al menos, sin negar la importancia de dichos encuentros intersubjetivos, notaban que eran aprovechados por los medios de comunicación para generar ciertos “rumores” que amplificaban positivamente los avances de la implementación de los acuerdos y los compromisos de formación pactados con el gobierno:

El hecho de que ha llegado mucha gente aquí con un taller, etc., pero el medio de comunicación que ha estado ahí de una vez pone la noticia de que “los guerrilleros se están preparando en tal cosa” y la gente viene y solo da un taller de cinco días... eso no es algo que nos sirva realmente, claro que todo lo que aprende uno aquí es muy importante pero nosotros no vamos a ser profesionales en cinco días (Yisara 2017, s/n).

La realidad era que frente a espacios de educación formal que les permitiera completar estudios primarios y/o secundarios o les abriera el camino a la formación técnica y profesional, los talleres informales o incluso espacios de educación no formal como diplomados no eran vistos como una prioridad para sus tránsitos personales y colectivos a la vida civil.

Encuentros intersubjetivos: la dimensión interpersonal

Los miedos de los farianos a ser rechazados socialmente en cualquier escenario de la reincorporación a la vida civil se volvieron realidades en el marco de diferentes encuentros intersubjetivos. Con una expresión que combinaba algo de resignación, de ingenuidad y hasta de humor, Álex, el cantante, contaba cómo en una ocasión bajó al pueblo de Icononzo y al solicitar la fotocopia de un documento de una sola página,

el tendero le cobró 5.000 pesos, el 2.500% del precio regular. Este tipo de escenas interculturales se sumaban a otras que materializaban incertidumbres reales, como aquellas cargadas de pequeñas esperanzas como la del fariano que nos confesó que “soñaba” con volver a comer un pan francés, u otras de proyección imaginaria como la de Esteban, el afrodescendiente talentoso de las FARC que, incluso ya habiendo sido entrevistado por varios medios debido a sus composiciones de música urbana, aspiraba entrar un día a una verdadera discoteca para bailar como aprendió en los escenarios efímeros del ocio guerrillero.

Pero las escenas mostraban todo tipo de opciones frente a los encuentros intersubjetivos entre farianos y no farianos. En las tiendas o cantinas que emergieron como emprendimientos de algunos excombatientes en los ETCR era normal que farianos y obreros de construcción de las unidades habitacionales compartieran cervezas mientras escuchaban corridos prohibidos. Sólo cuando en medio de las conversaciones cada interlocutor se presentaba personalmente, era posible distinguirlos, pues en la cotidianidad de la convivencia diaria esa diferencia inicial parecía diluirse. Incluso en Bogotá, uno de los espacios proyectivos más fantasmales de la esperanza y el miedo de la transición personal, fuimos testigos de cómo, en una cafetería del barrio Corferias Johana hablaba sin ningún tipo de prevención sobre su historia e identidad política y afirmaba que “los de la tienda ya sabían quién era ella,” y que “no había ningún problema.”. Ningún otro cliente parecía percatarse de su presencia o simplemente ya estaban familiarizados con ella. Situaciones sistemáticamente similares las vivimos en Caldon, cuando sólo en medio de intercambios de frases personales con comensales de cerveza presentados por miembros del cabildo indígena nos enterábamos que “vivían” en el ETCR.

De esta manera, de las experiencias del rechazo y la discriminación, los farianos poco a poco fueron transitando a escenarios de interacción donde su alteridad parecía diluirse o, al menos, integrada en convivencia. Consecuentemente, uno de nuestros hallazgos más relevantes es que si hubo un aspecto de la transición a la vida civil sustentado en las normas de los sistemas abstractos que los farianos terminaron por confrontar y agenciar por ellos mismos, fue la posibilidad de encontrarse con los Otros, con los civiles, como indicador clave de su proceso de integración. La guerrilla siempre ha sabido, entonces, la importancia de permitir desde su concentración inicial en las ZVTN la posibilidad encontrarse con no combatientes. Esto hasta el punto de, incluso, hacer resistencia a los protocolos pactados en los acuerdos de paz respecto a la normatividad de las ZVTN.

En la tarde, luego de hablar con Gregory sobre las actividades que queríamos llevar a cabo nos dirigíamos hacia el rancho, pues nos habían invitado almorzar allí con ellos, pero apenas Gregory vio a

miembros del grupo de verificación de la ONU, nos pidió el favor de bajar a una parte del campamento en dónde no nos vieran, pues siempre tenían inconvenientes con ellos por la visita de civiles, ya que no estaba permitido que nadie a parte de los miembros de las FARC, estuvieran en esa zona. (Diario de campo Gómez 2017, s/n).

Para comenzar el proceso de DDR, los acuerdos definieron 26 lugares: 19 zonas (conformadas por varios campamentos) y 7 puntos (conformados por un solo campamento), distribuidos en 14 departamentos del país. En el reglamento de las ZVTN se afirma expresamente; “en los campamentos de las FARC-EP no hay, ni puede ingresar población civil en ningún momento” (Oficina el Alto Comisionado para la Paz 2016, 3). De esta manera, cada ZVTN contaba con una “recepción”, es decir, un lugar dispuesto para recibir a los visitantes civiles. Constaba por lo general de una edificación construida creativamente y de manera rústica por los farianos, que incluía una cocina, un comedor que podía convertirse en sala de juntas y reuniones y algún espacio para dormitorios. En la ZVTN de Icononzo, un puente pequeño de madera sobre una quebrada separaba el área de recepción de la zona de campamento. Más allá de ese puente, nuestra presencia no era posible según el reglamento. Sin embargo, para los farianos el contacto con civiles debía ser una parte fundamental de su proceso de reincorporación. Por esta razón, habían decidido administrar dichos encuentros por su cuenta y con base en sus criterios y prioridades.

Una vez el equipo de la ONU abandonó la zona de campamento restringida a civiles, no solo pudimos salir del refugio improvisado en que estuvimos para no ser vistos. Inmediatamente, una gran cantidad de farianos se congregaron alrededor de una cancha de microfútbol, construida por ellos mismos con la creatividad que caracterizaba la arquitectura de los campamentos. Con gran entusiasmo, esperaban que se llevara a cabo un partido entre las FARC y un equipo de jóvenes provenientes del pueblo, quienes también esperaban la ida de los de la ONU para poder ingresar al campamento. La diferencia más notoria entre ambos grupos fue que mientras los segundos portaban su uniforme reglamentario (camiseta, pantaloneta y tenis), los primeros permanecían con sus ropas de jornal e incluso uno que otro jugó con botas de caucho. En los rostros de quienes hacía parte del equipo visitante se notaba las sonrisas y cierta fascinación por el inusual escenario deportivo que los acogía. El paroxismo de las barras locales hacía que, ante un gol de los visitantes, los jóvenes disfrutaran el hecho de ganarse el respeto deportivo como competidores. Sumado a eso, resultaba agradable observar incluso cómo los saludos de mano, las palmoteadas en la espalda y hasta las despeinadas cariñosas con las palmas de la mano mostraban que entre unos y otros brotaban cariño y empatía. Este tipo de manifestaciones, como la comodidad lograda en el baile entre farianos y estudiantes, hace parte de la conectividad y la armonización como bases

de la convivencia pacífica. Nuestra experiencia intersubjetiva constante generó encuentros imposibles. Es decir que, en otros momentos, en el contexto de guerra, tales no se hubiesen dado, o al menos de la misma forma armónica. Incluso Esteban, uno de nuestros practicantes que se caracterizó por ser muy diestro con el balón mientras jugó en un partido en el ETCR de Mesetas, expresó en una de sus frases la textura de lo “antes imposible”: “no puedo creer que le haya hecho un gol al hijo de Marulanda” (Esteban 2017, s/n).

El estilo disciplinado de la vida guerrillera facilitaba la motivación individual con base en el sentido de pertenencia al colectivo. En la liminalidad, en cambio, el tránsito a la vida de (ex)combatientes parece diluir un poco las bases colectivas para darle paso a decisiones cada vez más individuales. Las incertidumbres, miedos y expectativas suelen asumirse y confrontarse a partir de las opciones de itinerarios de vida futura y redes sociales con que cuenta cada fariano. Sin embargo, la idea del colectivo sigue en ocasiones sirviendo para darle sustento y esperanza al tránsito a la reincorporación:

Pues nosotros estuvimos todos estos años, como se dice, hombro a hombro con los hombres y ya con este cambio todos sentimos lo mismo porque somos una familia. Pero igual hemos estado con trabajo, aunque con alegría por el cambio. Ya podemos tener un día a día con menos dificultades. Igual uno ya está adaptado a que lo muevan dependiendo de las misiones que toque hacer y aunque uno está acostumbrado a la actividad y a moverse, en este punto lo que hay que hacer es adaptarse y estar atentos a qué es lo que se nos va a cumplir para ver qué paso es el que vamos a dar (Jaqueline, Entrevista 2017, s/n).

La prolongación del sentido de familia guerrillera, la actitud guerrera y las opciones de trabajo colaborativo son tres principios con los que los farianos procuran generar un base emotiva y solidaria que les permita asumir su tránsito. Jesús es un fariano que hizo parte del equipo de trabajo de la recepción y la ranca en nuestra primera visita a Icononzo. Cuando lo volvimos a ver en el ETCR meses después, había formado un proyecto de emprendimiento con otros compañeros. Invirtieron el dinero otorgado por el gobierno en unos cuantos lechones. Cuando lo acompañamos a la pocilga, orgullosamente nos mostraba los cuatro cerditos que habían comprado. Su objetivo era engordarlos y vender su carne, mientras dejaba parejas para sacar más crías y aumentar el número de cabezas. Como cualquier campesino criador de cerdos, Jesús ya invertía su tiempo en dicha empresa. Era imposible para nosotros confrontar cierta paradoja, pues el tránsito liminal de Jesús le permitía mimetizarse en el campesinado ganadero al punto que no parecía haber ningún enfoque diferencial en los apoyos recibidos del gobierno. De hecho, la incertidumbre (y desesperanza) se apoderaba de nosotros cuando imaginábamos a Jesús sumando el número de personas y

familias pobres del campo con ganas de salir adelante y, sin embargo, enfrentar los mismos conflictos estructurales que cualquier otro no combatiente. Con algo de pesimismo, nos preguntábamos si acaso Jesús podría ser competitivo frente a los grandes monopolios ganaderos del país, cuestión que de ser negativa podría (des)motivarlo para volver a preferir una lucha empuñando su fusil.

En suma, dichas mimesis mostraban una doble condición: la posibilidad—positiva—de la reincorporación a la vida civil y, consecuentemente, la

dureza e incertidumbres derivadas de asumir las dificultades de cualquier campesino o persona pobre en Colombia. Y, aun así, el tránsito ya era un tren en movimiento en el cual había que ser pasajero fuera como fuera, al menos desde la perspectiva creativa de Álex, el músico de Icononzo, pues la consigna de cada fariano parecía ser clara. Como el viejo de la novela de Hemingway: “hasta el final, así sepa uno que va a perder, pero hágale” (Alex, Entrevista 2017, s/n).

Obras Citadas

Alex. *Entrevista* (Octubre de 2017).

Beck, U. «La reinención de la política: hacia una teoría de la modernización reflexiva.» En *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*, de U Beck, A Giddens y S Lash, 13-73. Madrid: Aliana, 1997.

—. *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós, 1998.

Beck, U, W Bonss, y C Lau. «The Theory O Reflexive Modernization. Problematic, Hypotheses and Research Programme.» *Theory Culture*, 2003: 1-33.

Calderón, P. ««Teoría de Conflictos de Johan Galtung».» *Revista Paz y Conflictos*, 2009: 60-81.

Castillejo, A. «Dialécticas de la fractura y la continuidad: elementos para una lectura crítica de las transiciones.» En *La Ilusión de la Justicia Transicional: Perspectivas desde América Latina y África*, de A Castillejo, 1-56. Bogotá: Uniandes, 2017.

Castillejo, A. «La ilusión de la palabra que libera: hacia una política del testimoniar en Colombia.» En *Violencia. memoria y sociedad: debates y agendas en la Colombia actual*, de F Reyes y A Castillejo, 21-40. Bogotá: Ediciones USTA, 2013.

Castillejo, A. «On the question of historical injuries. Transitional justice, anthropology and the vicisitudes of listening.» *Anthropology Today*, 2013: 17-20.

Castro, E. *El Ideal, una Mirada de Sujeto Excombatiente. Lectura desde sus voces, bajo la trama psicoanalítica*. Tesis Doctoral, Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona, 2015.

Craig, R. «Communication Theory as a Field.» *Communication Theory*, 1999: 119-161.

Esteban. *Entrevista* (Octubre de 2017).

Fisas, V. «Introducción al Desarme, Desmovilización y Reintegración (DDR) de excombatientes.» *Quaderns de Construcció de Pau*, 2011: 2-20.

Galtung, J. *Peace by Peacefull Means: Peace and Conflict, Development and Civilization*. Oslo: PRIO, 1996.

Gómez, P. «Diario de campo.» Icononzo, 31 de Marzo de 2017.

González, C. *Metáforas de una conflict. El discurso étnico chileno-mapuche de la modernidad*. Santiago de Chile: Alquimia Ediciones, 2014.

Helbert. *Entrevista* (Septiembre de 2017).

- Jaqueline. *Entrevista* (Septiembre de 2017).
- Johana. *Entrevista* (Septiembre de 2017).
- Lakoff, G, y M Johnson. *Metáforas de la Vida Cotidiana*. Madrid: Cátedra Teorema, 1980.
- Laverde, J. «Así obligan a las mujeres a abortar en las Farc.» *El Espectador*, 29 de Enero de 2013.
- López, M. «Teorías para la Paz y Perspectivas Ambientales del Desarrollo como Diálogos e Imperfectos.» *Revista Luna Azul*, 2011: 85-96.
- Muñoz, F. «La Paz Imperfecta ante un Universo en Conflicto.» En *La Paz Imperfecta*, de F Muñoz, 21-66. Granada: Universidad de Granada, 2001.
- Muñoz, F. «Paz Imperfecta y Empoderamiento Pacifista.» En *Diversas miradas, un mismo sentir: comunicación, ciudadanía y paz comoretos del siglo XXI*, de P Cabello y J Moreno, 49-65. México D.F: Plaza y Valdés, 2015.
- Muñoz, F, y J Bolaños. *Los Habitus de la Paz. Teorías y Prácticas de la Paz Imperfecta*. Granada: Eirene e Instituto de la Paz y los Conflictos Universidad de Granada, 2011.
- Nagy, R. «Transitional Justice as Global Project: critical reflections.» *Third World Quarterly*, 2008: 275-289.
- Nussio, E. «Desarme, desmovilización y reintegración de excombatientes: políticas y actores del postconflicto.» *Colombia Internacional*, 2013 : 8-16.
- Oficina el Alto Comisionado para la Paz. *Funcionamiento de las Zonas Veredales Transitorias de Normalización (ZVTN) y los Puntos Transitorios de Normalización (PTN)*. Bogotá: Oficina el Alto Comisionado para la Paz, 2016.
- Paige, A. «Reshaped Human Rights: A Conceptual History of Transitional Justice.» *Human Rights Quarterly*, 2009: 321-367.
- Pizarro, E. *Cambiar el futuro. Historia de los procesos de paz en Colombia (1981-2016)*. Bogotá: Penguin Random House Grupo Editorial, 2017.
- Presidencia de la República . «Decreto 2026 de 2017.» *Por medio del cual se reglamentan los Espacios Territoriales de Capacitación y Reincorporación (ETCR)*. Bogotá, 4 de Diciembre de 2017.
- República de Colombia y Estado Mayor Central de las FARC-EP. *Acuerdo final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera*. Bogotá, 11 de Noviembre de 2016.
- Reyes, F, C Meza, y S Gómez. «Hacer invivable la República». *Reflexiones en torno a la figura de Laureano Gómez Castro*. Bogotá: Ediciones USTA, 2018.
- Ronaldo. *Entrevista* (Septiembre de 2017).
- Sarlo, B. *Tiempo Pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. México D.F.: Siglo XXI, 2006.
- Semana, Revista. «Separan del servicio a funcionarios de la ONU por fiesta con las FARC.» *Revista Semana*, 1 de Mayo de 2017.
- Serres, M. *Atlas*. Madrid: Cátedra Teorema, 1994.
- Tiempo, El. «El aborto fue una práctica que tuvimos que vivir’: Victoria Sandino.» *El Tiempo*, 26 de Junio de 2017.
- . «El «Paisa» me violó a los 11 años y me obligó a abortar tres veces’.» *El Tiempo*, 12 de Diciembre de 2017.
- Turner, V. *El Proceso Ritual. Estructura y antiestructura*. Madrid: Taurus, 1988.

—. *The Anthropology of Performance*. New York: PAJ Publications, 1988.

Ugarriza, J. «La dimensión política del postconflicto: discusiones conceptuales y avances empíricos».» *Colombia Internacional*, 2013: 141-176.

Villamizar, Darío. *Las guerrillas en Colombia. Una historia desde los orígenes hasta los confines*. Bogotá: Penguin Random House Grupo Editorial, 2017.

Yisara. *Entrevista* (Septiembre de 2017).

Notas

1. La organización guerrillera Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia – Ejército del Pueblo (FARC-EP) surgió en el año 1964, tras el desarrollo de la denominada Operación Soberanía, ofensiva militar desplegada por el gobierno de Guillermo León Valencia para combatir a campesinos organizados bajo la figura de movimientos agrarios y de autodefensa. La Operación Soberanía tuvo varios antecedentes, siendo el más significativo el debate adelantado por Álvaro Gómez Hurtado en noviembre de 1961, en el que calificó a estos campesinos como “repúblicas independientes” que amenazaban la seguridad del territorio nacional. Tras el desarrollo de la Operación Soberanía en la “república independiente de Marquetalia”, emergió el Bloque Guerrillero del Sur. Fue durante su II Conferencia, en mayo de 1966, cuando se constituyó oficialmente las FARC: “Frente a todo lo anterior los destacamentos guerrilleros del Bloque Guerrillero del Sur nos hemos reunido en esta conferencia y constituido las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC, que iniciarán una nueva etapa de lucha y unidad...” (Villamizar 2017, 285). El tema agrario constituyó su principal causa de lucha. A lo largo de cinco décadas de existencia, fueron varias las iniciativas de negociación que distintos gobiernos promovieron para alcanzar un acuerdo de paz con el grupo insurgente: los “Acuerdos de La Uribe” del 28 de mayo de 1984; los diálogos de Caracas y Tlaxcala en el año 1991; la “zona de distensión” entre los años 1999 y 2002; y los “acuerdos de La Habana entre los años 2011 y 2016 (Pizarro 2017).
2. De ahora en adelante nos referiremos como farianos a todo miembro de FARC, sea en su acepción como grupo guerrillero o como partido político. Esto de acuerdo a la manera como nuestros interlocutores y colaboradores se llaman a sí mismos.
3. El proceso de negociación se remonta al año 2011, cuando delegados de la insurgencia y del presidente Juan Manuel Santos iniciaron conversaciones secretas en la ciudad de La Habana, Cuba. La negociación, que culmina con la firma en noviembre de 2016 del Acuerdo para la Terminación Definitiva del Conflicto, se centró en seis puntos: 1) desarrollo rural integral; 2) participación política; 3) fin del conflicto; 4) solución al problema de las drogas ilícitas; 5) reparación de las víctimas; y 6) mecanismos de refrendación de lo acordado.
4. Inspirados en los preceptos de la filosofía de la comunicación de Michel Serres, consideramos que cuando nos detenemos a tratar de identificar “intermediaciones”, como las que se evidencian en un proceso de transición, pueden explicarse mediante modelos cercanos metafóricamente a lo “fluctuante” y “plegable, a lo que denominó como “tejido” (1994, 45); para nosotros, donde aparecen las texturas y los pliegues.
5. El PECT nació como un colectivo interinstitucional en 2010, con el fin de proponer agendas de trabajo encaminadas a analizar y reflexionar de manera crítica la transición política colombiana que comenzaba con los procesos de desmovilización de la AUC, la Ley de Víctimas y la Ley de Restitución de Tierras. Tuvo como nodo central a la Universidad de los Andes, bajo el liderazgo de Alejandro Castillejo.
6. La “libre elección” y la “individualización” estructuran las biografías que narran al sujeto y los riesgos que toma (Beck 1997). Nos vinculamos a la apuesta por el “giro subjetivo” para reconocer cómo se producen en tales biografías “negociaciones, transgresiones y variantes” (Sarlo 2006, 18).
7. Para nosotros, la sociedad del riesgo lleva también, en asuntos de procesos de paz, a ampliar los debates y a redefinir los roles y las posiciones que antaño definían a los conflictos, como el caso de los “terroristas” y los “enemigos”, apelativos que también pueden recaerle al Estado y a sus instituciones.

8. Usamos el término “pos-acuerdo” en lugar de “posconflicto”, precisamente por garantizar la coherencia con el enfoque de la paz imperfecta. El posconflicto semánticamente alude a un periodo posterior al conflicto, como si éste hubiese terminado. Al no ser así, y al unirnos a la premisa de la existencia de múltiples instancias de paz en medio de situaciones que siguen siendo conflictivas luego de la firma de los Acuerdos de La Habana, optamos por esta denominación.

9. En el marco del conflicto armado interno se han empleado por lo menos tres denominaciones para referir la condición de las personas de grupos armados que se desmovilizan tras un proceso de dejación de armas: reinserción, reintegración y, más recientemente, reincorporación. Las denominaciones fueron creadas hace más de treinta años por Naciones Unidas como parte del proceso que debe garantizar que los excombatientes vuelvan a la vida civil en condiciones de dignidad. La reinserción, entonces, sería entendida como una fase de corta duración, que va desde la desmovilización hasta el momento en que los excombatientes entran a formar parte de un programa de reintegración. En consecuencia, la reintegración, que es psicosocial y económica, sería el proceso que garantiza el tránsito de la vida militar a la vida civil. Para el caso colombiano, este proceso se adelanta a través de la Agencia para la Reincorporación y la Normalización (ARN) en un arco temporal de seis años y medio, y aplica aquellos excombatientes que no estén incurso en delitos de lesa humanidad. Finalmente, la reincorporación sería fruto de los acuerdos alcanzados con la guerrilla de las FARC-EP, y permite que los excombatientes puedan tener un proceso de tránsito integral y sostenible que, por un lado, garantiza participación en la vida política, y, por otro, la ruta considera los intereses psicológicos, sociales, educativos y económicos de los desmovilizados.